

EL CIRCULO, LA LINEA Y LA HISTORIA DE NICARAGUA



escrito a máquina
Una nota sobre el cristianismo y el tiempo

Pablo Antonio Cuadra

POST-DATA PARA UN EDITORIAL

Al Dr. Luis Favilli, contestándole una pregunta que me hizo por teléfono sobre mi anterior "Escrito a Máquina".

Por José Emilio Balladares Cuadra

Estimado Don Pablo:

Atendiendo su invitación de "leer nuestra historia actual nicaragüense con los ojos de los dos personajes malditos" recordados por Usted en esa magnífica lección de metafísica y filosofía de la historia que fue su **ESCRITO A MAQUINA** del pasado 24 ("El Círculo y la Línea"), me he remontado a los umbrales de esa nuestra historia actual, al momento germinal de nuestra presente nacionalidad, habiendo salido a mi encuentro en esa excursión retrospectiva algunos pensamientos que creo oportuno compartir con los nicaragüenses en estas fechas invitadoras a la reflexión. Para mi sorpresa, al remontarme al punto inicial de nuestra historia actual, he tropezado con perfiles de personajes nicaragüenses que, en las líneas generales de su actuación, con matizaciones y variantes, pueden ser inscritos dentro de los moldes esquemáticos del "judío errante" o del capataz blasfemo de la "carreta nagua", cuyos esbozos nos trazó Usted con mano maestra.

El capataz blasfemo de la "carreta nagua", "que no quiso aceptar el mañana como don de Dios", niega el futuro al aferrarse con soberbia al poder de su presente voluntad. Asevero, el judío sin compasión que urge a Cristo a proseguir su vía crucis, niega el presente en nombre del futuro. Y aquí creo que, aunque ignoro los detalles de la leyenda, sospecho que hay un rasgo que Usted pasó por alto y que a mi parecer completa el sentido simbólico de la figura del "judío errante": atribuir la crueldad de Asevero solamente a dureza de corazón no acaba de convencerme: más bien pareciera que su sensibilidad se lastima ante la presencia del sufrimiento. Yo creo que, como la mayor parte de los judíos de su época, Asevero había puesto sus esperanzas mesiánicas en la restitución del poder de Israel. Es posible que la predicación de Jesús haya despertado en su interior el viejo sueño de la gloriosa hegemonía. Al caer frente a su puerta, lacerado y escarnecido, el Mesías anunciado, Asevero se revela incapaz de aceptar la realidad, de descubrir tras el "no" del calvario el "sí" de la redención, y profiere, desesperado e iracundo, el "Anda, anda" de su maldición. Cierra los ojos ante el presente (la presencia doliente de Cristo), para mantener incólume, contra toda evidencia, su sueño futurista.

Con las imágenes de estos dos personajes símbolos en las retinas, excursionemos un poco hacia los umbrales de nuestra historia actual...

La caravana peregrina de la historia nicaragüense apenas ha iniciado su lenta travesía, y ya los dos personajes malditos pareciera que han tomado posesión del espíritu de sus guías y capataces. Recién despertados del largo letargo de la Colonia, la anarquía subsiguiente a la Independencia hacia necesario, antes de reiniciar la marcha, un sueño reparador. Don Frutos Chamorro parecía el llamado para proporcionárselo a la sociedad nicaragüense. En su mensaje inaugural como Director de Estado vertió la frase de apariencia irreproachable: "Seguiré la sabia regla del derecho que prescribe prevenir los males antes que

remediarlos". Todo depende del tono, y el capataz blasfemo de la "carreta nagua" se encargó de poner el acento inadecuado: Don Frutos se negó a aceptar el mañana como un don de Dios.

En la penumbra, tras los últimos toldos carreteros, rondaba también el "judío errante" en busca de un espíritu del que posesionarse. En su impaciente insomnio, Máximo Jerez rumiaba sus sueños libertarios. Asevero no confundió a su víctima. A partir de ese momento, el ex-seminarista soñador no cesaría de hostigar con el estribillo de "Anda, anda", a la cansada caravana. En los pocos escritos que se conservan de Jerez, la palabra "quietistas" es usada con frecuencia para referirse a sus enemigos. No es caprichoso atribuir al "judío errante" la paternidad de vocablo tan revelador. Igualmente reveladoras son algunas líneas de las emotivas cartas dirigidas a su esposa, primera víctima inocente de su pasión conspiradora: Jerez habla, y pareciera denunciar al "judío errante", de "el fatalismo patriótico que en ocasiones dadas me arrastra en la corriente de los sucesos".

Tal es el comienzo de la historia de nuestra República. Don Frutos y Jerez: tesis y antítesis que, lejos de buscar su resolución en una síntesis feliz, potenciaron cada día más su antagonismo. Cada acto autoritario de Don Frutos justificaba una conspiración de Jerez, cada nueva conspiración de Jerez abonaba las razones del autoritarismo de Don Frutos. El afán de venganza tomó el sitio que podía haber sido ocupado por el arrepentimiento, y la historia nicaragüense quedó encerrada en un vicioso círculo: el de "darle la vuelta a la tortilla".

Y caemos de nuevo en la geometría filosófica del círculo y la línea. En su famoso libro "Así hablaba Zaratustra", dice Nietzsche: "Que el hombre sea redimido de la venganza: esto es para mí el puente hacia la suprema esperanza". Y Heidegger comenta: "La venganza es para Nietzsche la repugnancia de la voluntad contra el pasar y su pasado, contra el tiempo y su "fue". La renuencia no se dirige contra el mero pasar, sino contra el pasar en cuanto hace ser nada más que pasado lo que pasó, dejándolo congelarse en esta rigidez de algo definitivo... ¿Mas qué es entonces la redención de la venganza, siendo así que la venganza encadena al hombre al pasado consolidado? La redención es el desprenderse de lo que contraria a la repugnancia de la venganza. La redención de la venganza no es liberarse de la voluntad simplemente. En este caso la redención como disolución del querer conduce a la nada fútil, como quiera que la voluntad es el ser. La redención de la venganza es la liberación de lo que contraria a la voluntad, a fin de que pueda ser voluntad más que nunca... La voluntad queda libre de la repugnancia contra el tiempo, contra su mero pasado, cuando quiere constantemente el ir y venir, el transcurrir y retornar de todas las cosas. La voluntad queda libre de lo que la contraria en el "fue" cuando quiere el constante retorno de todo "fue". La voluntad queda redimida de la repugnancia cuando quiere el constante retorno de lo mismo. De esta

manera la voluntad quiere la eternidad de lo querido. La voluntad quiere la eternidad de sí misma... El eterno retorno de lo mismo es el supremo triunfo de la metafísica de la voluntad que quiere eternamente su propio querer... La voluntad, como voluntad del eterno retorno de lo mismo libera el querer de la posibilidad de tropezar con algo que la contraria; porque la voluntad del eterno retorno de lo mismo quiere de antemano y en su totalidad el volver-atrás, es decir, el regreso y el retorno. La fe cristiana conoce otra manera de querer volver el "fue": el arrepentimiento. Pero este arrepentimiento sólo se extiende hasta donde se debe extender, a saber, hasta la redención del "fue", si se queda, en cuanto arrepentimiento, dentro de la relación esencial con el perdón del pecado, refiriéndose de antemano y sobre todo al pecado. Pero el pecado es algo esencialmente distinto de una falsa moral. Sólo hay pecado en el ámbito de la fe. **EL PECADO ES LA FALTA DE FE**, la rebelión contra Dios como Salvador. Si este es el único camino por el cual el arrepentimiento, en unión con el perdón de los pecados, puede querer hacer volver lo pasado, entonces también este querer-volver-atrás del arrepentimiento, representado a partir del pensar, queda determinado metafísicamente y es posible de esta sola manera, es decir, por la relación a la eterna voluntad del Dios redentor. El que Nietzsche no avance por el camino cristiano del arrepentimiento, se debe a su interpretación de lo cristiano y del cristianismo".

En este comentario, Heidegger contraponen dos maneras de redimirse de la venganza: la nietzscheana del "eterno retorno" y la cristiana del perdón y del arrepentimiento. Lo destructivo de la venganza es el encadenamiento al pasado que involucra: al desear su retorno en ciclos siempre idénticos, Nietzsche cree fluidificar lo sido de manera que la cadena de la venganza no se sostenga en un sólido asidero. Los cristianos prefieren pensar en la "dichosa culpa", que sin quitar al "fue" su inerte solidez, lo convierte en punto de apoyo para saltar a la eternidad. En la concepción de Nietzsche, desaparece la muerte, y con ella, el principio de toda responsabilidad. El cristiano no elimina la muerte, sino que la trasciende.

Y en este punto me parece pertinente introducir en la fábula, junto al "judío errante" y el capataz blasfemo, un tercer personaje: se trata del protagonista de la famosa novela de Lampedusa: el Príncipe de Salina, de la misma genealogía del de Maquiavelo y del "superhombre" de Nietzsche: "El Gatopardo". Con felina frialdad, el cinico aristócrata no se deja coger en la trampa del odio de la revolución triunfante, y, liberado de la venganza, adopta el lema nietzscheano: "Dejad que todo cambie, para que todo siga igual". Sin la elegancia y la altivez biológica del Príncipe de Lampedusa, algunos personajes de nuestra historia han adoptado esta fórmula oportunista. Y todo parece indicar que, mientras las élites responsables y las mentalidades progresistas no sepan redimirse de las cadenas de la venganza, Nicaragua continuará siendo coto de caza de los gatopardos... y las hienas.

-El verdadero desmitificador del tiempo cíclico —del tiempo-círculo tal como lo concibió el hombre de las civilizaciones antiguas desde Babel hasta Roma— fue el Cristianismo. Su concepción de la Historia y del libre albedrío desató al hombre de aquellas creencias que lo ataban a los horóscopos, a la órbita de los astros y al fatalismo de las leyes de la naturaleza. El Cristianismo reveló al hombre que estaba inserto en la naturaleza pero con libertad de dominarla; que estaba inserto en el tiempo pero con capacidad de trascenderlo. El Cristianismo descubrió, de esta manera, al hombre el trazo de la línea recta pero le reveló su principio y su finalidad: la vida en el tiempo viene de Dios y va a Dios. El tiempo es la ruta de la creación hacia el Creador.

Sin embargo, en un punto de esa línea recta sucede algo desconcertante, inefable y decisivo: Dios penetra en la Historia. El Creador se hace creatura. El Verbo se hace carne. Es "algo" que, por suceder en el tiempo, sucede una sola vez; pero que, por realizarlo un Ser eterno, se niega a pasar, a ser pasado, y "es" para siempre. Cristo tuvo que descoyuntar el verbo ser para explicar este misterio. Dijo: "Desde antes de Abraham yo soy". Hay, pues, un punto en la historia que la divide en dos y contra el cual baten inútilmente las dos corrientes del tiempo: pasado y

futuro. El "Yo soy" está clavado crucificado en ese punto y desde redime el ayer y el mañana.

Así, pues, Cristo murió por nuestra redención sólo una vez y una vez por todas, como dice San Pablo (hapax, ephapax, *sema Acontecimiento sin repetición*). El desarrollo de la historia se ve en un hecho único, radicalmente singular y, por consiguiente, tan el destino de toda la humanidad, como el destino particular de cada uno de nosotros se juegan una sola vez, de una vez por todas, un tiempo concreto irremplazable que es el de historia de la vida".

Sin embargo, quien murió una vez como hombre es Dios y en eternidad también el círculo rehabilita, se redime y recupera su sentido profundo de retorno renovación. La memoria adquiere una dimensión nueva. Repetir volver día a día o año con año acontecimiento de la Redención, algo más que recordarlo. Hay presente eterno en Cristo que convierte su recuerdo en vida memorial —La Eucaristía— según sus palabras, "vi abundante", e, incluso "vi eterna". Por lo tanto, para Cristianismo el ciclo, desmitificado, puede llevarnos, realidad, a un renacer.

Dijo Cristo a Nicodemo: —"doy mi palabra de que si uno nace de nuevo no puede ver Reino de Dios".